

COMENTARIO Perdonar siempre

En el antiguo pueblo de Israel los números no sólo servían para contar. Algunos expresaban situaciones profundas. El número 7 era el número de la perfección porque resultaba de sumar los cuatro puntos cardinales de la tierra más el número 3, número de la divinidad. Perdonar «setenta veces siete» no significaba hacerlo 490 veces, sino siempre, siempre.

Una de las características de los primeros cristianos era la vida en común. Compartían aquello que tenían. Juntos rezaban e hicieron frente a las dificultades y persecuciones que se abatieron sobre ellos. Para vivir como hermanos, cuidaban el perdón.

Cuando varias personas conviven juntas, es normal que existan diferencias y enfados. Por ello deben estar dispuestas a perdonar siempre. El Señor nos invita a hacer del perdón una actitud habitual. Esta invitación contrasta con nuestra cultura, frecuentemente inclinada a la venganza. Cuando las personas no son capaces de perdonar, entran en una espiral de violencia de la que es difícil salir.

SABÍAS QUE... Los números como símbolos

En el antiguo pueblo de Israel el número 4 era el número de la Tierra, porque cuatro son los puntos cardinales. El número 3 era el número del cielo, porque un triángulo siempre tiene un vértice hacia lo alto. El número 7, al ser suma de 4 + 3, significaba la perfección; todo lo que hay en cielo y tierra. Era un número relacionado con el descanso, porque Dios creó el mundo en seis días y descansó el séptimo. Por este motivo los judíos no trabajaban en sábado. El número 12 era el número del Pueblo de Israel, porque estaba formado por 12 clanes o tribus.

ORACIÓN

Señor, enséñanos a perdonar siempre y a todos. Aleja de nuestra vida la venganza. Que abramos las manos en señal de amistad y de paz. Aleja las envidias que nos separan. Líbranos del egoísmo de caminar pensando tan sólo en nosotros.

Señor, que nuestros oídos estén abiertos para escuchar la llamada de tu voz que nos invita a ser como Tú: misericordiosos y dispuestos al perdón.



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san MATEO 18,21-35

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: –Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces? Jesús le contesta: –No te digo hasta siete veces sino hasta setenta veces siete.

Y les propuso esta parábola: Se parece el Reino de los Cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: –Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo.

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándolo lo estrangulaba diciendo: –Págame lo que me debes. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: –Ten paciencia conmigo y te lo pagaré. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: –¡Siervo mal vado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti? Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo si cada cual no perdona de corazón a su hermano.

Palabra del Señor

REFLEXIÓN

¿Tengo derecho a crearme con derecho?

La primera lectura y el Evangelio tocan un punto básico en las relaciones interpersonales, tanto a nivel social como en la Comunidad Cristiana: creer que yo tengo derecho a ser perdonado y amado por Dios y, sin embargo, no reconocer que quien me hace daño no tiene derecho a que yo lo perdone.

No hay amor sin justicia

En la vida social y en la vida eclesial no hay amor sin justicia, especialmente cuando la justicia trata de dar a cada uno lo suyo porque entonces es cuestión de dignidad y principio de igualdad. Soy consciente de que si la misericordia es solo compasión, fácilmente se convierte en un paternalismo que no favorece la justicia ni el crecimiento de las personas ni de los grupos sociales.

Pero la justicia no es venganza

Sin embargo, cuando uno ve a esos grupos de personas en las entradas de los juzgados gritando a quien todavía no ha sido juzgado, uno tiene la impresión de que la justicia es más deseo de venganza que de justicia. Justos cumplidores de la «ley del embudo»: lo ancho para mí, lo estrecho para el vecino.

Al cristiano se le concede un plus

Tiene en cuenta la ley, pero no es legalista. La ley la subordina al bien de las personas, no al capricho de las mismas. A su bien. La persona siempre es más que el mal que hace. Por lo mismo, el creyente, que ha sido perdonado promoverá el amor que transforma. Y no me olvido del mal que cada uno de nosotros realiza, sea consciente o inconscientemente. En estos casos, el creyente pide perdón, pero no dispone de que se lo concedan aquellas personas a quienes ha ofendido. Pero siempre le queda la posibilidad de pedir a Dios que conceda un corazón misericordioso a quien le hemos pedido perdón y no nos lo ha concedido.



Para esta semana

Un buen ejercicio para esta semana es tomar conciencia de alguna realidad en la que me cuesta perdonar. Y pensar si esa dificultad procede de la imagen propia que ha quedado vulnerada, de una falta de confianza en mí, de una necesidad de afirmarme a mí mismo... Y sin dar demasiadas vueltas a mis derechos, ¿me atrevo a amar a lo tonto, pasando por tonto. El criterio último para el cristiano no es la justicia que reivindica, sino el

amor que perdona desinteresadamente.

1. EL CONTEXTO. La vergüenza del “perdón”

La palabra “perdón” no está de moda en nuestra sociedad. En los últimos meses, con motivo del padre, y luego de la madre, un spot publicitario expresaba la dificultad del hijo de decir la palabra “te quiero”. Y uno recapacita: quiero a mi padre, y, sin embargo, nunca se lo he dicho. Un curioso pudor nos impide mostrarnos tiernos cuando queremos a una persona; “papá, te quiero”... Con la palabra “perdón” hay algo más. Hay pudor, es verdad: “Yo nunca pido perdón a nadie, es que no me sale”... Pero hay más que pudor. La palabra “justicia” ha borrado del mapa esa palabra humilde, tierna y verdadera: “perdón”. Y el corazón se endurece: “¿Por qué voy a tener que pedirle perdón? Que lo pida él primero”... Y otros: “Yo no le tengo que pedir perdón a nadie”. Y, si lo hacemos, siempre añadimos: “pero es que”... Una sociedad sin “perdón” es una sociedad deshumanizada.

2. LA OFERTA DEL EVANGELIO. El perdón

La clave del perdón evangélico, en la parábola de este domingo, es la ingratitud. Y la humildad, que no es más que la verdad desnuda de quien uno es. Setenta veces siete hay que recomponer la vida y la relación. Vivir en relación es herirse, aun sin querer. Siempre estamos en deuda. Pedir perdón y perdonar es, simplemente, ser humano. Serlo juntos. Rehacer permanentemente la convivencia, la vecindad, el encuentro.